

Solo el merito era el fruto, que sacaba; porque aunque las del parecer contrario eran las menos; pero eran de las mas antiguas, y de condicion menos blanda. En este tiempo llegó à la Ciudad como à fines del año de 1726. el P. Juan Ignacio de Uribe, de la Sagrada Compañia de JESUS, que era uno de los dos Procuradores elegidos por esta Provincia de Nueva-España, à ambas Curias de Madrid, y Roma; passaba de camino yà para la Vera Cruz à embarcarse. Este Jesuita era el que avia confesado à la Madre Maria Anna en San Ildephonso, y la avia dexado encargada al Dr. Torres, quando salió para Mexico à graduar sus Discipulos en Philosophia. Con el grande amor que tenia à su hija, y el gusto de que estuvièssè yà Professa en Santa Rosa, ni pudo menos que visitarla, y preguntarle si queria alguna cosa? No se podia desfiar ocasion mas oportuna en las presentes circunstancias. Valiòse la hija de la charidad, y ofrecimiento del Padre, sin perder esta oportunidad, que Dios le ponía en las manos. Le diò razon de los deseos, que tenían, y como aspiraban à que el Beaterio passasse à ser Monasterio de Monjas Recoletas.

Oyó el Padre la pretension con complacencia, se hizo cargo de ella, y prometió poner con eficacia todas las diligencias para conseguirla; como lo cumplió, y se dirà en su lugar. Pidió algunos papeles, è Instrumentos necesarios, que se procuraron apromptar para su partida. Aqui fue donde subió tanto de punto la persecucion contra la Madre Secretaria, que faltan palabras para expresarlo; y à ella le sobró paciencia, y resignacion para sufrirlo, pues mostraba alegria, y gozo en sus mayores penas, viendo que padecia, por lo que avia de ser para grande gloria de Dios, verdadera imitadora de San Ignacio de Loyola, à quien tomó por su distintivo en la

Reli-

Religion: el Santo solo estaba triste, y mostraba disconsuelo, quando no tenia algo que padecer; y por el contrario era su mayor alegria, verse perseguido por hacer, y procurar la mayor gloria de Dios. A tanto llegó la borrasca, que juzgó la Prelada ser necessario, ò por lo menos conveniente, assegurarla una noche; porque temiò no se propassassen à alguna demonstracion mayor, ò escandalosa. Assi permite Dios que las almas justas con un mismo Santo fin; pero con diversos pareceres, se labren, y den que merecer unas à otras, como se lee de varios Santos, aun de los mayores, que venera nuestra Catholica Iglesia. Quiso tambien Dios por este tiempo dar à conocer lo mucho que se venia, y quanto le costaba aquella amable serenidad, que se descubria en su rostro, siempre mansa, y humilde con todas, y con una boca de rifa, como si fuera una insensible, è insensata, que assi se lo persuadian muchas. Se diò tan grande sofrenada en una de estas ocasiones, que no pudo por menos la naturaleza, que darse por sentida; prorumpiendo en un tan precipitado despeño, que se llegó casi à desesperar de su vida, segun lo proxima à la muerte, que la vieron. Pero no permitió Dios aquella enfermedad, para que murièssè; sino para que se manifestasse lo mucho que padecia, y quan de cuenta de su Magestad corria su vida, y su salud.

## CAPITULO VI.

## Exercita el Oficio de Procuradora.

**D**E una buena Secretaria depende mucho el buen gobierno politico; pero de una Procuradora, ò Provisora pende todo el concierto economico de

K 2



de una Casa Religiosa. Si es la que debe ser, tendrá en ella la Prelada todo su alivio; las Oficiales muy facilitado el trabajo; la Comunidad aligerada en parte la Cruz; y todo el Convento, sin padecer menoscabos, se verá tan arreglado en sus movimientos, que tenga muchos visos de un Cielo abreviado. Es el primer móvil de todas las Oficinas, que son como eslabones, que componen una bien trazada cadena; y así la falta en qualquiera de ellos por negligencia, descuido, ó menos charitativa providencia de la Procuradora, hace eco en todos, desconcierta su armonía, y ocasiona no poca turbación. Bien advirtió esto la Madre Maria Anna, luego que se vió señalar por Procuradora, y mas en aquellos tiempos, en que padecía grande escasez, y mucha pobreza el Beaterio, Avivó su charidad para proveerlas con igualdad, y à buen tiempo à todas; y para solicitar el con que, y cómo hacer la provision. Prevenia con tal providencia las cosas, que quando se las venian à pedir las hallassen promptas. Se portaba con tanta humildad, que ayudaba à cada una en lo que tenia que hacer; para que no se apurassen con el trabajo. Era su mayor anhelo, que la Comunidad estuviesse bien asistida, y el mayor consuelo, quando conseguia poderla abastecer de lo necesario. Acudia con tiempo antes que fuesse hora de llamar al Refectorio para informarse, y probar la sazón de la comida, supliendo, y remediando qualquiera falta. Si llegaba à su noticia, que huviesse sucedido algun trastorno, quiebra, ó algun otro accidente adverso de los muchos, y casi indispensables, à que está expuesta la cozina; luego con agilidad, y presteza se hacia presente, no para aumentar la pena, y tribulacion de lo sucedido con dichos ponderaciones, ó quejas; antes bien para sossegar, y dilatar los animos, arbitrando modos del remedio, y ofrecien-

ciendo lo que fuesse menester para suplir, y dar cumplimiento en lo necesario.

No se escusaba, ni dexaba de hacer quantas diligencias podia, así con la Prelada, como con las Turnerías, aun à costa de muchas mortificaciones, que con ellas passaba; para que la una proveyesse para el gasto, y las otras oportunamente consiguieran el despacho; y acarreo, de lo que se necesitaba, atendiendo con esto, à que las de Velo blanco pudiesen sin ahogo, ni fatiga hacer las cosas, y dar enteró cumplimiento en todo lo que tenian à su cargo; porque querer las cosas bien hechas, y sin tardanzas, no dando el avío preciso, ó dandolo sin tiempo, es pretender impossibles, apelar à milagros, y que solo se consiga el que vivan siempre disgustadas rebentando con la carga, y malogrando su trabajo. No era escasa, ni detenida; antes sí liberal, y magnanima, como que toda su confianza estrivaba en Dios, y no en las criaturas: estas como se deshacen, y privan de lo que dan, son siempre muy contenidas en sus dadas con el temor, de que no les falte. Pero Dios, que no puede necesitar de nada, dandolo todo nunca le falta que dar.

Parecióle à la Madre Maria Anna, que tenia poca provision de azafran para el gasto ordinario: con este pensamiento, y con el deseo de proveer con abundancia à la Cocinera, se entró en una pieza donde solo se guardaban las semillas, que solian embiar de limosna al Beaterio: halló un tercio que estaba cosido, y se puso à descoserlo, sin tener por entonces necesidad de la semilla, de que estaba lleno. Lo mismo fue abrirlo, que encontrar luego una muy buena porcion de azafran: no pudo menos, que llenarse de alegría dando mil gracias à Dios por las que usaba con ella, proveyendola abundantemente, aun de aquello mismo, de lo qual todavia no le apretaba



taba la necesidad. Confirmóse grandemente en la confianza en su amado Esposo, de que la socorreria en quanto necesitasse, viendo que le daba lo que solo temia, no le faltasse. Con esto profiguió gastando sin recelos, ni temores, y comunicó su consuelo à la Leguita cocinera; para que se alentasse mucho viendo como Dios las cuidaba. Es propiedad del humilde el ser agradecido; porque como se juzga indigno de todo beneficio, qualquiera que le hagan no sabe como agradecerlo, y aspira à dar en alguna correspondencia un fiel testimonio de su gratitud. Como tan humilde era muy agradecida la Madre Maria Anna, y por esto ponía sus mayores esmeros en gratificar lo mejor que podia à cada uno de los Bienhechores del Beaterio. Hallandose con la obligacion de hacer cierto obsequio à una Persona, que le interessaba grandemente en todo lo que podia ser bien para todas, y muy en particular para la Madre Maria Anna, pensaba esta de qué medios se valdria para corresponderle; porque por entonces no tenia dinero, de que echar mano. Oyó que le avian traído à una Religiosa una limosnita, que le embiaba un deudo suyo, y le vino desseo de que se la huvieran traído à ella, para poder salir de aquel empeño, que tanto le urgia. Se fue à rezar los Desagravios, por ser tiempo en que los estaba haciendo: quedóse despues en oracion, que esta era todo su vivir, y su remedio para todo. Quando más devotamente engolfada estaba en el insondable abyssmo de las divinas Perfecciones: se halló de repente levantando con la mano, un puño de tierra del suelo, y que al mismo tiempo le decian: *Mira lo que es el dinero.* Quedó tan corrida, avergonzada, y sumergida en su nada, que no sabiendo, que hacerse, apeló à deshacerse en fervorosos actos de contricion, pidiendo à Dios mil perdones de aquella falta, que le parecia aver

come-

cometido. Pero el Señor, que solo queria practicamente enseñarla, que à los que de veras procuran servirle, y agradarle; el dinero, que no es mas que un poco de tierra, y todas las demás cosas criadas, se les daràn por añadidura, con amorosa caricia la dixo: *Nunca te faltará dinero.* Assi lo experimentó en aquella ocasion, y despues que jamás le faltó para todo quanto emprendió, y quiso.

Es verdad, que nunca desseo, ni queria cosa alguna para sí; todo era para la Comunidad, para el Divino culto, para los Pobres, y para las gratificaciones debidas. Se hizo muy reparable, y notorio, el continuo cumplimiento de esta promessa en todo tiempo; pero mucho más en el de su prolongada Prelacia, desuerte, que no hacia más diligencia luego que le avisaban, que faltaba alguna cosa, sino poner enclavijadas las manos, y levantar los ojos al Cielo, y al punto llamaban al torno; para entregar aquello mismo, que se necesitaba. Veian de este modo todas practicado, lo que nos dexó escrito San Augustin, que la oracion del Justo es llave del Cielo, lo mismo es subir ella à Dios, que baxar despachada por su misericordia. Assi antes de acabar su petition Santa Escolastica, configuió de Dios el copioso aguacero, que le impidió à su hermano San Benito, que se volviesse à su celda dexandola desconsolada. Quien era tan agradecida, y liberal con las criaturas, como lo seria con el Criador? No pensaba en otra cosa, que en como se podria conseguir fabricarle al Señor un Templo, por ser summamente chica, è incomoda la Capilla del Beaterio. Clamaba repetidas vezes, y con ardientes instancias à Dios. Ofreciósele un dia, que si su Magestad le concediera, el que llorasse tantas lagrimas, que convertidas en monedas, ò en piedras, fuesen suficientes para

la



la fabrica, tendria en esto un grandissimo consuelo, yã que no tenia otras facultades con què executar lo. No despreció el Señor sus ansias, antes sí le agradaron sus desseos; porque passado algun tiempo le mostrò el Señor la fabrica del Templo, que oy tienen, y se la mostrò hecha con sus lagrimas, que le pareció las veia caer como un rocío del Cielo, y que servian no solo para levantar la Iglesia, mas tambien para hermosarla con el adorno necessario. Assi se muestra Dios liberal, con los que verdaderamente le aman.

## CAPITULO VII.

Dase noticia como practicò el Oficio de Enfermera.

**E**s la Enfermeria un teatro digno de nuestras mayores atenciones, y si bien se mira con ojos claros, y serenos, acreedor tambien de los mas tiernos compassivos cariños: ò yã la miremos como carcel de Dios, donde toma las debidas recompensas, por las deudas contrahidas. O yã como crisol, donde purifica, y refina las almas de la escoria, que contrahen en el comercio de las criaturas. Siempre es un terreno fertil de paciencia, resignacion, y conformidad de los que padecen: de charidad, misericordia, y tolerancia de los que asisten. Es una Palestra, donde à competencia las virtudes labran ricas vistosas coronas, con que celebrar los continuos triumphos, que en ella se consiguen. Consigió tantos la Madre Maria Anna, que fuera necessario detenerse mucho para referirlos. Oigase lo que ella misma dice, hablando del Oficio de la Enfermera: „ Hã de

„ de tener entrañas piadosas, y ser muy charitativa, „ paciente, mortificada, muy diligente, y cuidadosa, en „ el servicio de las Enfermas. Si considera, que sirve à „ su Esposo paciente, y que le alivia con lo que le hace „ todo lo conseguirà. Esto es lo que practicó con el mayor fervor todo el tiempo, que estuvo en este Oficio. Sus entrañas mas que piadosas eran de amorosa Madre con cada Enferma, procurandole los alivios, aplicandole con grande esmero los medicamentos, y consolandola con tierna dulzura en sus palabras. La charidad tan compassiva, que la hacia enfermar con cada una. La paciencia en sufrir las impertinencias indispensables en la enfermedad, sin jamás darse por sentida, ni quejarse por el trabajo. Tan mortificada, que à todo se avenia, no se escusaba para nada, lo mas asqueroso era en lo que mas se detenia, sin averle advertido assi à cosa alguna, ni recelo à fiebre, ò enfermedad contagiosa.

Sangróse una Religiosa, guardò la sangre con el intento de beberfela, violentando el natural horror, que causa, aun el solo ver la sangre agena. Durò algun tiempo la lucha entre la carne, y el espiritu: por este alegaba el desseo de vencerse, y mortificarse. Aquella abultaba el horror, conmovia el estomago con el asco, y cobarde trasudaba desmayada con la vista de aquel objeto sangriento. Sola sirvió esta detencion, para que se corrompiesse la sangre, y quando mas podrida, haciendo un esfuerzo, de los que pocas vezes suele dar la gracia; tomò animosa la taza, y no la inclinó solamente en su boca, sino que la bebió, hasta apurarle todas las heces. Heroico vencimiento, victoria grande, y quizá mayor, que el derramar la propria sangre. Costòle esto el padecer no poco, ni por breve tiempo, segun le quedò postrada la naturaleza, que no tuvo otro confortativo, que una se-



verissima reprehension, que le diò su Confessor, abultandole quanto pudo que avia hecho muy mal, en averse violencado contanto extremo. Pero quièn, y como le podrà poner termino al fuego? El mejor modo de amar dice San Bernardo, que es el amar sin modo. La llama de la charidad, que ardía en la Enfermera, no pudo contenerse, ni amortiguarse con echarse à pechos la sangre yà corrompida, poniendo à los pies de su amado Esposo el trophèo, que de sí misma avia conseguido. No fue menos considerable lo que acaèció con otra Religiosa, que estando enferma, y tan de peligro, que le recetaron los Medicos unos vegigatorios; hechos estos tuvieron el efecto que se desseaba; pero la enferma estaba con notable inquietud, por el dolor, que le causaban las llagas; que xabase en gran manera en ocasion, que se las iba à curar la Enfermera Maria Anna: compadecida esta de su tormento, y pena, la esforzò, y confortò mucho, diciendole, que la curaria con todo tiento, y que veria como se aliviaba. La descubriò, y para hacerlo con mayor suavidad, aplicò los labios, chupandole la podre, limpiandole, y purificandole toda la asquerosidad del lugar llagado con su lengua, quedando entre admiraciones, y pasmos con tanto consuelo la dolorida paciente, como si huvieran perdido su inhumana acrimonia los causticos; y tan serena, y contenta la Enfermera como si tuviera un panal de miel en sus labios; porque el alivio de las enfermas era el mas razonado sainete para su paladar delicado. Esto la hacia tan diligente, y cuidadosa en la asistencia, que al vérla toda entregada, y contanto desatino al servicio de las enfermas, no pudo menos que decirle otra, con quien tenia mucha llaneza: Maria Anna, què es esto? Pareces una desatinada. Con todo no consiguió el contenerla.

No podia en aquellos tiempos por su pobreza el Beaterio asistir las con todo lo que necesitaban; con esto si era necesario, para aliviar quanto antes à las enfermas echaba mano de lo toca, ò rompía algun pedazo de su ropa, para aplicarle promptamente los medicamentos; sin que nada de esto le hiciera fuerza, antes bien con grandissimo consuelo de su alma. Todo este conato, aunque tan fervoroso, pudiera parecer tibieza, si se compara con el que ponía en asistir à las moribundas; en esto si que era estremado su empeño; con las mayores veras, y fervor las consolaba, animaba, y quitaba todos los temores, hasta hacerse cargo de satisfacer por ellas delante de Dios. Estaba en una ocasion una Religiosa muy Angelical, sin duda por alguna grave tentacion, que como seràn mas fuertes, assi tambien mas temibles, y pavorosas en las cercanias de la muerte, tan congojada con las cosas de su alma, que clamaba en alta voz le traxessen quatro hombres doctos, con quienes consultarlas. Se llegó la Madre Enfermera con su acostumbra da amabilidad, consolandola quanto pudo, y por ultimo la dixo: Yo me hago cargo de satisfacer por ti quando te veas delante de Dios; pidele licencia, ven, y avísame, que aquí me tienes. Consiguiò con esto que la Religiosa se aquietara, y muriera muy contenta. Esto practicò con todas; porque la verdadera charidad como solo tiene ojos para mirar à Dios, y este es el unico motivo, que la dirige, no sabe discernir, sino solo amar con igualdad.

Cuidaba de vestir à cada moribunda con los meritos de nuestro Señor Jesu-Christo, y satisfacer con esto todas sus deudas. Se ponía en presencia de su Magestad, y avivando la fee, le decia, que si alguna cosa avia puesto, ò dado à su alma; y que si por su misericordia tenia algunos meritos, ò obras buenas, que de todo se des-



nudaba, para vestir aquella Religiosa. Con solo vérla en este acto tan tierno se fervorizaban todas, y derramaban muchas lagrimas. No desamparaba à la yá difunta; porque la misericordia la estimulaba à emplearse en amortajarlas, clamando à Dios al mismo tiempo por su descanso. En una de estas ocasiones le dixo la misma Religiosa su confidente: como es esto Madre Maria Anna, què usted ayuda à bien morir à las Religiosas, las compone, y amortaja, sin tenerlas ni asco, ni horror, ni miedo alguno? La respuesta fue: no, si yo hago cuenta, que estoy con mi Amado JESUS acompañandole en su muerte, y agonias. Quando las amortajo, baxo de la cama, y las compongo, lo estoy haciendo, como si baxàra de la Cruz à mi Amado, como si lo ungiere, vendàra, y despues lo acompañara al Sepulchro. Para esto llamo à los Santos, que asistieron à mi Señor en su Sacratissima muerte, descendimiento, uncion, y Santo Entierro, especialmente à MARIA Santissima, Madre Dolorosissima. Con esto ni me horrorizo, ni me espanto. Esta fue su practica en el oficio de Enfermera, y esto lo que dexò impresso con su exemplo en los corazones de todas las Religiosas sus hijas, y para todas en el Quaderno, que se imprimió con el titulo: „ Modo de hacer los Oficios de „ Obediencia con aprovechamiento espiritual. Dispuesto „ para el Convento de Religiosas Dominicas, Recoletas „ de Santa Rosa de Santa MARIA de la Ciudad de la „ Puebla de los Angeles. Año de 1746. Que son diez años antes, que muriera.



## CAPITULO VIII.

Como se portò en el Oficio de Tornera.

**H**AY cosas tan patentes, que con solo proponerse à los ojos bien organizados inmediatamente hacen con su vista demonstracion clara de su hermosura, y perfeccion. Con solo nacer el Sol, manifiesta luego su belleza, y la de todo lo que baña con su luz. Los que huvieren leído, lo que se hà dicho hasta aqui de la Madre Maria Anna de San Ignacio, luego vendrán en claro conocimiento de lo mucho que haria en el Oficio de Tornera, y los quilates de perfeccion, con que se refinaría su virtud. Era por su genio muy vergonzosa, y encogida: muy amable, y cariñosa por naturaleza: muy retirada, y abstraída por su enamorado comercio con JESUS, muy piadosa, y compassiva con los pobres: muy fervorosa zeladora del bien de las almas, y de la Hacienda, y honra de su amado Esposo. Què mortificacion no tendria su genio en el comercio tan frequente con todo genero de personas? Què atractivos no experimentarían todos en su natural agrado? Què tormento, y què Sacrificio no haria à la Santa Obediencia en dejar à Dios por los proximos? Quantas ansias, y congojas por remediar las necessidades ajenas? Què diligencias, medios, y clamores por la salvacion de todos? Y todo esto por largo tiempo de quatro años? Bien claro se echa de ver quanto acrecentaria el caudal de su virtud.

Es el torno un portillo por donde tiene su respiracion la clausura, y assi como experimentamos, que recibiendo el ayre frio, la respiracion lo vuelve caldeado: assi por el torno debe respirar el Claustro el fervor, y ardo-